

Argumentario: ¿tiene sentido buscar el sentido?

Juan Jesús Álvarez

Porque quizá, la respuesta a esta pregunta, nos lleva a descubrir que lo más valiente es dejarnos de porqués y para qué, y vivirlos, simplemente. Pero si eso es así, ¿por qué el deseo de Sentido nos quema? o, en el menor de los casos, ¿por qué vivimos como si nuestros pasos y nuestras acciones fueran para algo, o para alguien? El profesor Juan Jesús Álvarez nos ayuda a caminar, con una razón ampliada, por esta difuminada frontera que es nuestra vida.

1. El deseo de felicidad nos constituye

El ser humano no se conforma con sobrevivir. Lo cierto es que, aunque nadie nos ha prometido nada, mientras vivimos esperamos. Nacemos, sí, con fecha de caducidad y, sin embargo, sentimos un inextirpable anhelo de eternidad que se pone de manifiesto en las más genuinas experiencias humanas: el conocimiento de la verdad, el ejercicio libre del bien, el disfrute de la belleza y la entrega generosa a los que amamos. El hombre siempre aspira a más, necesita más. Todos tenemos esta experiencia en forma de un deseo natural de felicidad que incluye -de hecho- como "ingredientes" a los que ese deseo integra el deseo de verdad, de justicia y bien, de libertad, de belleza, de amor. No se trata de un deseo semejante a ningún otro (pues lo deseamos todos y no podemos dejar de desearlo), pero tampoco la felicidad a la que apunta se refiere a cualquier cosa, no es algo que se pueda reducir a dosis o momentos, ni tan siquiera es comparable con una especie de balance vital positivo.

Ahora bien, a la vez que experimentamos este deseo también todos somos conscientes de que su satisfacción plena no está a nuestro alcance. ¿Qué significa esta paradoja? ¿Que esos deseos son absurdos y que no tienen ningún sentido, que no merece la pena ni plantearse como algo que me problematiza? ¿Que son ficticios y deben ser olvidados? ¿Que son contraproducentes y que, por ello, lo mejor es intentar suprimirlos? ¿Que son ilusiones que impulsan nuestra vida pero que han de ser reducidas a su justa proporción para que no se conviertan en fuente de frustración o engaño? ¿Que son algo que me constituye y que por tanto han de verse de algún modo satisfechos si es que el ser humano tiene alguna consistencia y sentido?

Cualquier hombre que mira con seriedad su vida encuentra en ella ciertas preguntas (¿quién soy, ¿cómo he de actuar?, ¿por qué me sucede lo que me sucede?, ¿qué me cabe esperar?) que se muestran como ineludibles y de las que depende esencialmente su existencia. Esas cuestiones traducen de un modo concreto una pregunta radical relativa al sentido del existir humano que cada hombre ha de afrontar personalmente. "El hombre -ha dicho el psicólogo Viktor Frankl- necesita una razón para vivir, para sufrir, para dar lo mejor de sí mismo, incluso una razón para morir".

A mí me parece que el hombre, con más razón aún el joven, es ante todo una pregunta y un deseo. ¿Quién soy? ¿Qué quiero llegar a ser y qué me cabe esperar? Nadie puede vivir en plenitud sin plantearse y responder a estas preguntas y al deseo del que emergen. Deseo saberme a mí mismo, como ser que piensa, decide, ama y vive, y que sin embargo no puede dejar de desear saber más y mejor, querer más y mejor, amar más y mejor, vivir más y mejor. Nos constituye un deseo que aspira a una verdad que sacie

nuestra inteligencia, a un bien -justicia, libertad- que responda plenamente a nuestra voluntad, a una belleza que satisfaga nuestra capacidad de fruición, a un amor que colme nuestro "corazón", a un sentido que ilumine nuestra vida, la anime en su quehacer y nos ayude a afrontar todas sus vicisitudes.

Hay en nosotros una cierta desproporción de la que todos los seres humanos han sido conscientes en mayor o menor medida. Los griegos decían, en este sentido, que el hombre es un ser fronterizo entre los animales y los dioses. Somos seres paradójicos: frágiles y poderosos a un tiempo, capaces de descubrir la verdad más compleja e incurrir en el error más flagrante, de obrar el acto más heroico y el más perverso, de los mayores éxitos y de los más estrepitosos fracasos, de inmensos sufrimientos y de enormes alegrías, del amor más sublime y del desamor más turbador... Somos paradójicos, en fin, por lo limitado que poseemos y lo ilimitado a lo que aspiramos. ¿Quién no ha vivido la experiencia de esta desproporción? ¿Quién no ha sentido la impotencia de este querer y no poder, o de un poder que ha acabado manifestándose -incluso en el mejor de los casos y con la mejor de las intenciones- como respuesta insatisfecha a nuestras expectativas y deseos más profundos, a nuestro deseo de felicidad?

2. Pistas para la búsqueda:

Pero, ¿qué buscamos? Si no nos hacemos esta pregunta con seriedad y valor nuestra vida no fructificará como está llamada a hacerlo. ¿Qué o a quién buscamos? Nadie busca sin tener idea alguna de lo buscado y sin la esperanza de poder hallarlo. Creo que -al menos en primera instancia- lo que deseamos encontrar en realidad es a nosotros mismos: la verdad de nuestros deseos, que no siempre somos capaces de discriminar y valorar en su justa medida y sentido; la verdad de nuestra persona, labrada entre lo que somos y lo que podemos, queremos y debemos llegar a ser. Sólo quien se busca en la verdad vive una existencia auténtica; sólo quien se halla en la verdad, vive una vida lograda.

Intentemos profundizar algo más. Para orientar nuestra búsqueda importa mucho precisar de qué estamos hablando: ¿Qué es lo que buscamos cuando indagamos una respuesta a la pregunta por el sentido de la vida? Y, por otra parte: ¿en qué dirección empezar a buscar?

Algunas personas confían en que la ciencia sea capaz de proporcionar ese sentido: llegará un día -se dice desde esta perspectiva- en que todos nuestros deseos serán por ella satisfechos y nuestros dolores suprimidos. Los más avisados, sin embargo, hace ya mucho tiempo que dejaron de poner su confianza en una respuesta de este tipo, no porque el progreso científico y tecnológico no sea útil sino porque la ciencia no puede dar una respuesta a cuestiones de carácter totalizante como la que nos ocupa. De hecho, la ciencia no se preocupa por el sentido de las cosas pues una pregunta como esa implica la admisión de causas finales que no caben dentro del método científico.

Otros optan por buscar en la filosofía y -en medio del escepticismo dominante- concluyen que el hecho de que no podamos obtener respuesta o incluso de que la vida no tenga sentido no le resta valor alguno; de algún modo, la vida se basta a sí misma. Más aún, es la búsqueda de un sentido lo que resulta a sus ojos absurdo. Lo que ocurre es que el hombre no puede dar la espalda a estas preguntas y al deseo que las arraiga en

nosotros. Incluso si pudiéramos, intuimos que no debemos hacerlo si es verdad que nos aceptamos como somos, si queremos ser fieles a nosotros mismos. Porque nos constituyen en nuestro ser y nos impulsan a lo que esperamos llegar a ser. Son la inspiración de la vida humana y el motor de nuestro desarrollo personal. De poco sirve adoptar aquí actitudes voluntaristas: el sentido no se construye ni se prescribe, se descubre.

Los hay también, sobre todo entre los jóvenes, que optan por el "carpe diem" (en sentido hedonista): "comamos y bebamos que mañana moriremos". En una versión más actual y juvenil podríamos también decir con James Dean: "vive rápido, muere joven y tendrás un bonito funeral". En definitiva: puesto que no hay salida ni futuro, exprimamos el momento mediante la maximización del placer más inmediato y "sensacional": el placer físico. Sin embargo, quienes hemos intentado recorrer de algún modo este camino tenemos la experiencia del fracaso a que esta actitud está abocada y de la frustración última que produce: lo efímero no acaba de satisfacernos y, además, se nos termina escapando entre los dedos sin que podamos retenerlo. No se trata este de un verdadero sentido. Frankl diría que lo único que puede proporcionarnos esta vía es una "sensación de sentido" que, por otra parte, en lugar de ayudarnos a afrontar la realidad nos aleja de ella.

Por fin, muchas personas fundan su vida sobre "sentidos" concretos de carácter inmanente, intramundano. Son estos sentidos legítimos y aún necesarios. Diríamos que son "razones concretas para el obrar concreto" como el amor a la familia, a la profesión, a la patria, a la revolución... No cabe duda de que estos "sentidos intramundanos" son esenciales, nos motivan para vivir y enriquecen nuestra vida, pero -al margen de que no están nunca exentos de desilusiones, rupturas, fracasos...- en última instancia también se nos acaban mostrando como insuficientes: no pueden sostener radicalmente la vida ni fundarla en plenitud respondiendo a nuestro anhelo de felicidad. Por una parte, iluminan y ayudan, pero por otra incluso pueden ocultar la realidad de nuestra soledad radical y hacernos vivir en la inconsciencia.

¿Qué se puede concluir de todo esto? Podemos concluir, a mi modo de ver, que el sentido que buscamos no es un sentido cualquiera. No buscamos "parches de sentido" ni sentidos meramente parciales, buscamos un sentido último, radical y objetivo, algo que me ponga en la realidad ayudándome a afrontarla en todas sus vicisitudes y que me revele la razón de mi ser, algo capaz de arrojar luz sobre mi pasado, animar mi presente y cimentar con una esperanza razonable mi futuro. En fin, algo capaz de responder a lo que algunos han llamado nuestra "experiencia elemental", es decir, al deseo natural de felicidad (de verdad, de justicia, de libertad y de amor) que nos conforma y que nos orienta -como reverso de nuestra insatisfacción radical- en una dimensión trascendente. Es lógico, por tanto, que antes o después la pregunta por el sentido último de la vida se traduzca en la pregunta por Dios, y de ahí que el sentido del que hablamos sea -en la más amplia acepción de la palabra- un sentido "religioso".

3. Una respuesta razonable que nos encamina:

Pero, ¿existe tal Sentido (con mayúsculas)? ¿Cómo estar seguro llegado el momento de que lo hemos encontrado y de qué tipo de seguridad cabe hablar aquí?

Frente a la pregunta por su existencia, al menos en principio, tanto el sí como el no se muestran como posibles. Además, no parece que la respuesta se pueda presentar como algo evidente para nosotros. Más bien tendemos a pensar que cualquiera que sea, en última instancia siempre requerirá de un cierto acto de fe y de una opción de nuestra libertad.

Puesto que la pregunta por el sentido último de la existencia es una pregunta totalizante, una pregunta que envuelve todas las dimensiones del hombre, que interpela tanto su razón como su voluntad o su "corazón", de la que depende -en definitiva- mi vida entera, no tiene parangón con ninguna otra pregunta. No podemos esperar, por tanto, que nuestra búsqueda culmine en una certeza de índole metafísica o matemática (una certeza absoluta e incondicionada como la que tengo, por ejemplo, acerca de que estoy hablando); tampoco caben aquí certezas de carácter científico-experimental pues ya vimos que ni la ciencia es competente para plantearse preguntas acerca del significado de las cosas ni tiene -en cuanto que tal- el más mínimo interés en ese tipo de cuestiones.

Si es posible alcanzar algún tipo de certeza aquí será de índole moral o existencial, es decir, basada en la acumulación y convergencia de indicios suficientes que pueden, además, proceder de fuentes muy diversas (del orden de la razón, por supuesto, pero también del de la fe -entendida como la confianza que algo o alguien merecen, y que, así considerada, es una dimensión asimismo primordial de la existencia humana: no hay existencia humana sin comunicación ni comunicación sin esa fe/confianza-). Tiene este tipo de certeza importantes limitaciones, claro está: nunca podrá alcanzar a ser una certeza absoluta pues no está basada en una evidencia "objetiva". Pero, en cambio, es mucho más interesante y menos abstracta, más humana que las otras formas de certeza. Quiero decir con ello que no sólo incluye un firme aunque peculiar asentimiento de la inteligencia (que no podrá por menos que estar fundado en el plano de la razonabilidad), requiere igualmente del compromiso de la voluntad libre y envuelve incluso al "corazón". Es una certeza, pues, que engloba a todo el hombre y que, por otra parte, está al alcance de todos los hombres: no es, como las otras, una certeza "clasista", propia de eruditos o especialistas. Todo ser humano que viva su vida con honestidad e intensidad puede llegar a ella, aunque -desde otro punto de vista- una vez alcanzada se vea exigido a profundizar en su búsqueda.

Desde esta perspectiva, el acto de fe al que más arriba nos referíamos como algo implícito y presupuesto en cualquier respuesta -ya sea esta afirmativa o negativa- será, según el caso, más o menos razonable. Para juzgar sobre este asunto fundamental, para discriminar esa mayor o menor razonabilidad examinemos en primer lugar la consistencia e implicaciones de ambas respuestas.

¿Qué acarrea el "no"? ¿Qué ocurriría si la respuesta verdadera a la pregunta por la existencia de un sentido último de la vida fuera negativa? Evidentemente, implicaría asumir o que mi vida sólo puede tener sentido y valor dentro de estos límites -en el plano de la inmanencia-, con lo cual reduciría mis aspiraciones más profundas (las consideraría ficticias o absurdas y, como hombre sabio y digno, no me quedaría más -en la mejor de las opciones- que entrenarme en el dominio sobre mí mismo y en la construcción de un equilibrio totalmente racional que me permita estar firme ante toda vicisitud de la vida); o que mi vida carece de sentido (nihilismo), lo que equivaldría a un suicidio metafísico y al absurdo (puesto que vivir conlleva tender y tender hacia nada no es tender sino algo que se niega a sí mismo).

¿Qué implicaría, en cambio, el "sí"? ¿Qué sería de mi vida si la respuesta verdadera a la pregunta por la existencia de un sentido último fuera afirmativa? Implicaría que mi vida presente puede ser rica, sin duda, pero también que es siempre una vida en camino, y que está incompleta y necesitada de Otro para su plenitud -puesto que soy consciente de que yo no puedo darme ese Sentido a mí mismo ni satisfacer las aspiraciones que al mismo tiempo que me superan no puedo dejar de desear-.

No deja de ser significativo, a este respecto, que incluso los que se muestran como "ateos" parezcan resignarse difícilmente ante el absurdo y se rebelen ante una existencia puramente inmanente y finita. Por una especie de secreta y enigmática memoria del corazón el hombre experimenta muchas veces en su vida una expresiva tristeza (el "deseo de un bien ausente", como la definen los clásicos) consecuencia de la desproporción entre el objeto deseado y buscado y su capacidad para "capturarlo". Con esa melancolía, es como si pareciera anhelar otro estado. Y a menudo son precisamente las voces de los agnósticos y de los ateos los que con más ardor han cantado esta melancolía con aire de nostalgia desesperanzada pero también con un profundo "sentido religioso" que no puede ser desdeñado, me parece, como elemento de razonabilidad.

A menudo, la tentación de considerar este deseo como algo absurdo o ficticio, de buscar a toda costa arrancarlo de nuestra naturaleza es, ciertamente, muy fuerte. Pero, si lo hiciéramos, si pudiéramos hacerlo así, ¿conseguiríamos con ello ser más humanos, más maduros, más realistas? No lo creo. La actitud más razonable es exactamente la opuesta: "precisamente porque aceptamos lo que somos, -dice Luigi Giussani- no podemos censurar el deseo que nos apremia como una espuela. Uno lleva dentro esta pregunta y, aunque la respuesta sea más grande que su capacidad de captarla e imaginarla, considerarla por eso como una es repetir la fábula de la zorra y las uvas verdes"¹ .

Creo que el punto clave de nuestra búsqueda radica en la experiencia. Cada ser humano debe indagar y profundizar en la dinámica de sus verdaderos deseos, ser honesto consigo mismo y con la realidad (¿qué otra cosa sino esto puede ser la "autenticidad" que tanto valoran nuestros contemporáneos?), examinar la razonabilidad de las diversas respuestas a la luz de una razón respetuosa con la integridad del hombre (no una razón "racionalista" y tampoco una razón "sentimental"), y verificar personalmente su concordancia con nuestra experiencia elemental.

Dicho sea de paso, en el fondo todas las religiones son en realidad intentos de responder a esta experiencia elemental. Por eso, "es bastante superficial repetir que la religión ha nacido del miedo. El miedo no es el primer sentimiento que experimenta el hombre. El primero es el atractivo (y el asombro); el miedo aparece en un segundo momento, como reflejo del peligro que se percibe de que la atracción no permanezca o de que los aspectos positivos de la vida se pierdan. Lo primero de todo es la adhesión al ser, a la vida, el estupor frente a lo real; con posterioridad a ello, es posible que se tema que toda evidencia desaparezca, que ese ser de las cosas (o de las personas) que amas deje de ser tuyo, que lo pierdas definitivamente o que no ejerza ya atracción en ti. Tú no tienes miedo de que desaparezcan cosas que no te interesan, tienes miedo de que desaparezcan las cosas que te interesan.

De ahí que se haya podido decir que "la religiosidad es ante todo la afirmación y el desarrollo del atractivo que tienen las cosas"² y que, desde este punto de vista, "el sentido religioso aparece como la primera y más auténtica aplicación del término razón,

puesto que no cesa de intentar dar respuesta a la exigencia más estructural de ésta: el significado"3 .

4. Esbozo del Dios-Sentido que nos corresponde:

Terminemos. ¿Se puede perfilar algo más los rasgos de ese Sentido último objeto de nuestra búsqueda? Dicho de otro modo, ¿qué es lo que buscamos cuando buscamos a Dios como sentido de nuestra existencia? Reflexionando sobre la dinámica de nuestro Deseo, me parece que podemos bosquejar la figura del Dios-Sentido que piden nuestros anhelos a través de las cinco notas siguientes:

a) Primero: Ha de ser algo que esté en la Historia y en mi historia. Puesto que la satisfacción del deseo de felicidad no puede aplazarse indefinidamente en forma de utopía, puesto que la esperanza ha de verse ya cumplida de algún modo -al menos en su inicio- en el aquí y en el ahora, no se podría tratar de una mera "teoría" fuera de la existencia, o de algo-alguien al que esta le resultara indiferente, sino de un "hecho" real capaz de intervenir en la Historia y en mi historia, preocupado y comprometido con el hombre, pero al mismo tiempo que dejara margen a nuestra libertad y la respetara dado que también esta es ingrediente de la felicidad a la que aspiramos.

b) Segundo: Debería ser Algo superior al hombre -que cause mi admiración y respeto, que pueda darme algo que por mí mismo no puedo conseguir-, pero también que -a la vez- me sea (o se me haga) de algún modo accesible. Expliquemos un poco esto.

Superior no significa en contra del ser humano, ni anti-natural. Tiene que ser superior en el sentido de que me puede aportar algo que yo no alcanzo. Pero esa superioridad tiene que hacerse de algún modo "compatible" con mi inferioridad: tiene que tender un puente de comunicación, pues de otra forma resultaría "inútil" su superioridad y su misma existencia respecto de mí.

En otro sentido, si es superior implica que mi inteligencia no puede abarcarlo. Pero, de nuevo, que yo no pueda abarcarlo no significa que vaya en contra de mi inteligencia: simplemente la desborda. Mi inteligencia capta algo de su realidad, aunque haya muchos aspectos de ella que se le escapen. En definitiva, lo que esto significa es que ese tipo de realidad que busco es "Misterio": no es una realidad que pueda ser comprendida por mí con absoluta adecuación y claridad, pero tampoco es un enigma indescifrable -pues hay algo de él que se me presenta como accesible-, ni mucho menos un absurdo ilógico -pues no contradice la coherencia racional de lo real sino que la sostiene y alumbrá-.

c) En tercer lugar, ha de ser Algo que hable al hombre entero: a mi inteligencia, iluminándola pero también impulsándola a seguir buscando cada vez con más ardor y penetración; a mi voluntad, exigiendo mi libertad, comprometiéndola y empujándola a seguir eligiendo; a mi afectividad, atrayéndome emocional y cordialmente y moviéndome a amar. En fin, Algo capaz de interpelarme existencialmente.

d) Cuarto: Como consecuencia de lo dicho, más que Algo, habría de ser Alguien... En efecto, sólo Alguien puede cumplir los requisitos anteriores: no una realidad ciega y anónima (el destino), sino una presencia viva y real de inteligencia, libertad y amor. En definitiva, una Persona. Sólo con Alguien así puedo tener una relación verdaderamente

plena. Sólo Alguien así puede humanizarme, puesto que me hace comprenderme como ser humano y me sobreeleva. Sólo Alguien así puede ponerme en relación con los demás seres humanos, pues sólo Alguien así responde a los anhelos de todos los hombres. Sólo Alguien así puede moverme a la acción y hacernos -a mí y a otros- testigos creíbles de su presencia en la Historia.

e) Y, por último, debería ser Alguien... que es Amor, que me ama y que me pide amor, a Él y a los demás hombres, pues la máxima felicidad del hombre es la de amar y sentirse amado de un modo verdadero.

Nuestra experiencia nos dice -y en ello es coincidente con la revelación cristiana- que la verdad más profunda del hombre es su vocación al amor. Todos nosotros tenemos la experiencia cierta de que es lo relacionado con el amor -en sus diversas manifestaciones: amor fraterno, filial, conyugal, de amistad, amor a la propia vocación, amor a la patria etc.- lo que llena más al ser humano. Es el amor el acto que realiza de modo más completo la existencia de la persona: el amor a la verdad nos mueve a conocer y, especialmente respecto de los seres más nobles, el amor se erige en fuente última de conocimiento; el amor es la forma sublime del bien y la expresión suprema de la libertad; es el amor la modalidad más alta de belleza y lo que corresponde más justamente a los deseos de nuestro "corazón". Sólo por la "configuración en el amor" consigue el ser humano existir del todo, sentirse en el mundo arropado dentro de su verdad. Sólo el amor puede servir de vínculo profundo de unidad y respeto con el orden natural y de comunión con el resto de los hombres; sólo el amor puede fundar una convivencia armónica y enriquecedora, cohesionar una sociedad verdaderamente humana; sólo él puede salvar el dilema entre ley y libertad, y animar -pacífica y apasionadamente a la vez- la lucha por la justicia.

Ahora bien, en realidad, el verdadero amor que deseamos y necesitamos no está al alcance del hombre si este cuenta única y exclusivamente con sus fuerzas: la experiencia del amor humano es siempre más imperfecta de lo que en principio promete. La vocación humana al amor conlleva -además- una exigencia de eternidad y trascendencia que, si no se cumple o al menos se vive como convicción esperanzada, conduce a los que aman a la resignación o a la desolación⁴. Por eso, quien ama y se sabe amado por Dios es quien está en mejor disposición para alcanzar la plenitud del amor y la plenitud de su humanidad, la felicidad. Si para una persona el que otra la mire y le diga, a la vez que lo siente y lo "vive": "es bueno, es maravilloso que tú estés en el mundo", implica que de alguna manera se sienta justificada y aprobada, incluso exaltada en su ser, de modo que, al saberse y sentirse querida parece que esa persona alcanza entonces la plenitud y empieza para ella -digámoslo así- una nueva vida, uno se pone a pensar que no debe ser tan poco importante para el hombre que arrastra su existencia sobre el mundo el que tenga la posibilidad de sentirse , consentido y confirmado de una forma absoluta"⁵, como la que supone el amor de Dios.

Lo que ocurre es que -el ejemplo es también de Pieper- lo mismo que el amor de los padres por sus hijos no les serviría de nada a éstos, por muy dentro del corazón que saliese, si ellos no lo supieran, si de alguna forma no les afectase, la afirmación creadora de Dios tampoco tocaría ni transformaría la vida de los hombres si ellos no la "realizasen" por la fe, es decir, si no quisieran aceptarla, única manera de que esa verdad se convierta en una parte de su tesoro vital. "No hay mejor forma de que el hombre sienta pisar terreno firme, aun en las misteriosas estancias de su conciencia, que vivir

esa convicción. Y cuando se da esta radical confianza (...), el fondo donde esa actitud se enraíza no es otro que la seguridad de ser amado de una forma tan insuperablemente eficaz y verdadera"⁶.

Notas:

1-Luigi Giussani, *El sentido religioso*. Eds. Encuentro, Madrid, 1998, pág. 143.

2-*Ídem.*, pág. 147.

3-*Ídem.*, pág. 143.

4-"*La apariencia de eternidad*- ha dicho Julián MARÍAS- *no es una mera exageración efusiva de los amantes, es precisamente la condición intrínseca del amor. Esa pretensión de eternidad, de vinculación entera de la persona, con todo su pasado y un futuro ilimitado, interminable, es el carácter interno del amor*" (*La felicidad humana*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, pág. 349).

5-Josef PIEPER, *Las virtudes fundamentales*. Ed. Rialp, Madrid, 1997, pág. 449.

6-*Ídem.*, pág. 451.